Solemnidad. La Santísima Trinidad.

La ventana de lo inefable

"Dijo Jesús: Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora. Cuando venga el Espíritu de verdad os guiará hasta la verdad plena". San Juan, cap. 16

El niño sale entusiasmado de la piscina. -Mami, dice, allí en el fondo hay un pez anaranjado en forma de triángulo. La mamá se sumerge a su vez y sale sonriendo: Cariño, no he visto nada.

-Mami, le dice el niño, es que para verlo hay que cerrar los ojos...

Se dice que el alma tiene tres ventanas, por las cuales se asoma al exterior. La primera se llama información: Buenos días. Hoy es domingo. Hace buen tiempo.

Por la segunda el alma se comunica: "Qué alegría verte"... "Te estoy acompañando"... "Esta será siempre tu casa...".

La tercera ventana, que se oculta detrás de velos y cortinas, es la ventana de lo inefable. De aquellas cosas que no se pueden decir, que no alcanzamos a expresar con las palabras. Las insinuamos a veces con la mirada, con un gesto, con un balbuceo.

Lo inefable, es aquello que sentimos en lo profundo del ser, aquella plenitud y alegría que preferimos ocultar calladamente.

San Pablo escribe a los romanos que el Espíritu clama con gemidos inefables en lo interior y nos enseña así a hablar a nuestro Padre.

Tras esa misma ventana de lo inefable vive Dios. La teología nos dice que es Padre, Hermano nuestro y Fuerza y Luz de todo lo creado. Allí brota la oración, que muchas veces no es un discurso lógico, sino solamente un anhelo, una angustia, un instinto trascendental de compañía.

Hemos querido encerrar a Dios en nuestras categorías humanas, medirlo, pesar sus actitudes en nuestra balanza, tomarle cuenta rigurosa de su conducta, reducirlo a nuestra imagen y semejanza. Pero El permanece más allá, escondido en el área del misterio, región incomprensible para la humana lógica, pero territorio real.

También viven en el misterio la amistad, la confianza, el pudor, la sana ilusión, los ideales.

Ese Dios inefable nos da a comprender muchas cosas que no podríamos captar de una sola vez: El sentido del dolor, el valor de un fracaso, la profundidad del amor, lo efímero de nuestros triunfos, lo positivo de la virginidad, la alegría de la muerte.

Nos lo enseña poco a poco, con paciencia de madre y precisión de viejo maestro.

Basta que madruguemos antes de que comience el estruendo de este mundo, que descorramos las cortinas de la tercera ventana, que cerremos los ojos, cómo el niño de nuestra historia.

Allí lo encontraremos esperándonos.
Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.